

concesión de la Cruzada; en cambio quiso otorgar el Excusado y la prorrogación del Subsidio. Por efecto de esto, pronto también los venecianos presentaron grandes exigencias respecto a la tributación de su clero. Esta de muy buena gana la hubiesen hecho duradera, pero el nuncio veneciano no quiso dar oídos a esto. Su juicio era que la concesión se debía otorgar sólo para un año, para que su renovación dependiese del celo con que hiciesen la guerra (1).

Más fuerte que nunca se mostró la oposición entre España y Venecia en la conferencia de 8 de julio, al discutirse la cuestión sobre el número de buques con que Venecia y Felipe II se debían apoyar mutuamente en sus empresas. Como no se pudo llegar a un acuerdo, hubo de diferirse la decisión. El mismo resultado tuvieron las deliberaciones de 10 de julio. Los españoles propusieron que la liga se dirigiera a lo menos también contra Argel, Túnez y Trípoli. Pero Soriano juzgó que sólo se debía decir: contra el turco y los Estados que le están sometidos, pues de otra suerte se habría de formar un catálogo de todas las posesiones turcas. Los españoles hicieron valer contra esto, que en sus instrucciones se les ordenaba expresamente, que persistiesen en que su rey fuese apoyado por la liga en sus empresas contra Argel y otros sitios de Berbería; y declararon que si no se establecía esto, España no podía tener parte en la liga.

En la conferencia de 11 de julio se trató la difícil cuestión del mando supremo, que España pretendía para sí. Soriano indicó sin embargo, que en los mares de Oriente el pabellón veneciano ejercería mayor fuerza de atracción, especialmente para mover a sublevarse a los cristianos de aquellos países. Resolvióse proponer el asunto al Papa, y por tanto se difirió. Morone hizo notar con esta ocasión a Soriano, que se había pensado en nombrar generalísimo a don Juan de Austria (2), hermanastro de Felipe II, que se había coronado de gloria en la guerra contra los moriscos. En la sesión se acordó luego todavía unánimemente, que el Papa invitase también a la liga a los otros príncipes, especialmente al emperador; además que ninguno de los confederados pudiese ajustar paces u otro cualquier tratado con los turcos sin el asentimiento

(1) V. Valensise, 62, 68.

(2) Sobre él, además de las monografías de Havemann (1865) y Stirling-Maxwell (2 tomos, Londres, 1883), cf. la obra antigua de Porreño, no editada hasta ahora: Hist. del ser. S. Don Juan d'Austria, Madrid, 1899.

de los otros, y finalmente que el Papa como supremo juez árbitro había de decidir todos los litigios de la liga.

El 13 de julio se deliberó en primer lugar sobre cuánto debían tomar sobre sí España y Venecia, de la suma que se había exigido al Papa. Las opiniones chocaron entre sí tan violentamente en este punto, que casi se llegó al rompimiento de las negociaciones. Granvela se permitió una expresión que obligó a una muy fuerte réplica hasta a un hombre tan moderado como Morone. Originóse después un nuevo litigio sobre si la conquista de Argel, Túnez y Trípoli se había de contar entre las incumbencias de la liga. Soriano hizo resaltar que la alianza proyectada no redundaba en provecho de Venecia únicamente, sino servía también para proteger a todo el mundo cristiano. Los españoles insistieron en que se trataba sobre todo de la utilidad de la república de San Marcos, y exigieron una compensación. Al fin se declaró Soriano dispuesto a concesiones mayores de lo que permitían sus instrucciones. Con el nombramiento de don Juan para el cargo de generalísimo parecían estar todos conformes, pero éste debía aconsejarse con los capitanes generales de las fuerzas militares venecianas y de las pontificias.

El 17 de julio los representantes del Papa propusieron un extenso bosquejo de los capítulos de la liga, acerca del cual hizo notar Morone, que era la voluntad definitiva de Pío V. Los españoles querían enviar primero el bosquejo a su rey para recibir instrucciones. Cuando Soriano indicó que a vista de los armamentos turcos no era posible una más larga dilación, y que ahora todo el mundo esperaba una terminante decisión, se le opuso que hacía sólo quince días que estaban reunidos, al paso que las negociaciones para la liga en tiempo de Paulo III habían durado desde octubre de 1537 hasta febrero de 1538.

Ya en las negociaciones hasta entonces efectuadas Soriano había instado repetidas veces a que se juntase la escuadra española con la veneciana y la pontificia. Los españoles declararon que para ello habían de esperar la orden de Felipe II, la cual empero no llegaría hasta la fiesta de Santiago. Las negociaciones para la liga se prolongaron hasta este día. El 22 de julio se supo que Venecia había asentido al nombramiento de don Juan para el cargo de generalísimo de la armada (1); el 26 se pudo

(1) V. la *relación de Arco, de 22 de julio de 1570, *Archivo público de Viena*.

presentar el proyecto de liga del Papa, modificado en muchos puntos. Pío V no renunció a la esperanza de un buen éxito, aunque entonces estaban todavía sin resolver una serie de dificultades. Así los españoles persistían en que se debían juntar los años siguientes, siempre en otoño, para deliberar sobre si la guerra había de continuarse en la primavera y con qué fuerzas militares se debía hacer. La república de Venecia se resistió a esto, porque sospechaba que Felipe II intentaba poder inspeccionar continuamente de esta manera la política de la señoría. Además no se habían puesto de acuerdo sobre la cantidad que debía aportar el Papa, o cuánto de esta suma habían de tomar todavía sobre sí España y Venecia. También había quedado sin resolver la cuestión sobre si la alianza debía ser simplemente ofensiva contra los turcos, o si en general se había de contar con el auxilio mutuo en las empresas de cada uno de los aliados. Sobre quién debía representar por mar al generalísimo de la armada que estaba ausente, aguardaban todavía los españoles determinadas órdenes de su rey. Para las tropas de tierra Soriano había propuesto como generalísimo a Sforza Pallavicini. También sobre ello esperaban los españoles una instrucción especial. Además pidieron tiempo para reflexionar sobre la cuestión de cómo se habían de repartir las conquistas. Finalmente eran también divergentes las opiniones sobre si el traidor a la liga debía incurrir en censuras eclesiásticas. Soriano quería antes tratar de este punto con el Papa; pero hizo observar que quien no tenía ningún sentimiento del honor y abandonaba la liga, tampoco tendría ningún miedo a las censuras. Con su resistencia en esta cuestión fomentó en los españoles la desconfianza. El nuncio de Venecia juzgaba que la señoría cedería con todo al fin en lo tocante a las censuras; al mismo tiempo refería cuán firmemente se creía en Venecia, que Felipe II era adverso a toda ofensiva contra los turcos (1).

Originó especiales dificultades la posición de Ragusa respecto de la liga. Esta pequeña república, muy apreciada por Pío V a causa de su fe católica, había tenido que padecer gravemente durante la guerra de la liga en tiempo de Paulo III, por razón de que los aliados no se habían obligado por un tratado a asegurar la neutralidad de Ragusa. Por eso se esforzaba ahora por conseguir que se diese fianza de que sería mantenida su neutralidad y la inte-

(1) V. Valensise, 71.

gridad de su territorio. Venecia, envidiosa del comercio de Ragusa, procuraba frustrar estos intentos; la república debía ser forzada a entrar en la liga, para que luego se la pudiese ocupar militarmente so pretexto de ampararla contra la Sublime Puerta. En la lucha diplomática que se entabló sobre esto entre Venecia y Ragusa, no sólo el Papa estuvo de parte de la pequeña república, sino también el representante de España (1).

El 27 de julio llegó finalmente un correo español con la decisión de Felipe II, de que la escuadra de Doria se había de unir a la de Venecia y ponerse bajo el mando de Colonna (2). El júbilo del Papa fué grande. Dió ahora positiva esperanza de que concedería la bula de la Cruzada, el Excusado y la prorrogación del Subsidio (3), pues ahora podía esperar que serían escuchadas sus incesantes plegarias por el buen éxito de la expedición (4).

Pero ¡cuán acerbo desengaño había de padecer el Papa! 137 galeras contaba la escuadra de los venecianos, mandada por Jerónimo Zane, a la que se añadieron 49 galeras de Juan Andrés Doria y los doce buques del Papa, que estaban a las órdenes de Marco Antonio Colonna. La artillería llegaba en total a 1300 cañones, y el número de los soldados subía a 16000. Pero estas considerables fuerzas militares no consiguieron absolutamente nada. La causa de que fracasase enteramente la primera tentativa de una acción común de Venecia, España y la Santa Sede, además de la falta de preparación, hay que buscarla indudablemente en el proceder inexcusable de Andrés Doria, nombrado por Felipe II almirante de sus fuerzas navales. Descontento de antemano por el nombramiento de Colonna y la formación de una propia escuadra pontificia, y atento a ahorrar sus propios buques, Doria no pudo

(1) Cf. Voinovich, 504 s., 514 s., 521 s., 525 s. La confirmatio litt. praede-cess. vigore quarum Ragusei possint libere et licite mercari cum infidelibus, otorgada por Pío V el 17 de diciembre de 1566, se halla en Makusev, Mon. Slav. merid., I, Varsoviae, 1874, 501 s.

(2) V. Soriano en Du Mont, V, 1, 192; cf. Charrière, 118; Valensise, 69 s.

(3) V. Corresp. dipl., III, 479.

(4) V. Catena, 154. Primero pareció al Papa, que la bula del jubileo, fechada a 6 de abril (en Laderchi, 1570, n. 15), no había sido compuesta con bastante claridad, y que debía ser antes corregida; v. los *Avvisi di Roma de 15 y 22 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 263^b, 267^b, *Biblioteca Vatic.* Ibid., 273^b, hay un *Avviso de 13 de mayo sobre la asombrosa concurrencia del pueblo a las rogativas del jubileo. Cf. también Firmano *Diario, XII, 32, p. 124 s., *Archivio segreto pontificio*.

ser movido a proceder decididamente. Su retardo de una decisión fué doblemente funesto: no sólo se dejó de aprovechar la estación favorable del año, sino tampoco fué socorrida la capital de Chipre, sitiada por los turcos desde el 22 de julio. Doria no quiso saber nada de un ataque (1).

Mientras Doria entretenía con evasivas a los venecianos y a Colonna, los heroicos defensores de Nicosia habían tenido que capitular el 9 de septiembre. Los turcos quebrantaron el convenio, y apenas bastó el degüello de veinte mil hombres para saciar su sed de sangre (2). Esta matanza debía servir para quitar el ánimo a los defensores de la capital Famagusta. Allí ejercía el mando el noble Marco Antonio Bragadino, que estaba resuelto a oponer la más extremada resistencia. Quedó sin socorro, pues los venecianos, primero impedidos por Doria, y luego deslealmente abandonados por él, no se atrevieron a dar ningún ataque. Con ellos volvióse también a Corfú Marco Antonio Colonna. Las tempestades aniquilaron un gran número de buques, de suerte que Colonna llegó a Ancona con solas cuatro galeras (3). Para enterar de todo al Papa envió a Roma a Pompeyo Colonna.

El dolor y la indignación de Pío V por la vuelta de tan grande armada sin acción ninguna de guerra, fueron indescriptibles (4). Chipre quedaba ahora abandonada a sus fuerzas hasta la primavera de 1571, y parecía muy dudoso que Famagusta pudiese resistir hasta entonces (5).

Aunque los españoles emplearon todos los medios para justificar a Doria (6), sin embargo, presto se conoció en Roma el verdadero estado de las cosas. Mientras Pompeyo Colonna fué reci-

(1) V. Serrano, Liga, I, 68-84. Cf. Manfroni, Marina, 462 s.; Pometti, 71.

(2) V. *Nestore Martinengo, Relazione della perdita di Nicosia, 1570, *Biblioteca Capilupi de Mantua*. Cf. *Particolare ragguaglio della perdita di Nicosia, en *Varia polit.*, 62 (ahora 63), p. 199 s., *Archivo secreto pontificio*. Cf. *Cód. F. 18 del *Archivo Boncompagni de Roma* y las *relaciones del *Archivo público de Florencia* que cita Fulín (Una visita al Arch. di stato in Firenze, Venecia, 1865, 10). De los modernos v. Hammer, II, 412 s.; Zinkeisen, II, 926, 929; Bianconi, *Piccolo Archivio storico-artistico Umbro a. 1866-1867*, Perugia, 1867. V. también G. Castellani, Una lettera di Franc. Palazzo, colonello dei Veneziani a Nicosia, Venecia, 1916 (publicación de bodas).

(3) V. Guglielmotti, 101 s., 104 s. Cf. Balan, VI, 540.

(4) Cf. Góndola en Voinovich, 583; Valensise, 86 s.

(5) V. la relación del embajador francés, de 5 de noviembre de 1570, en Charrière, III, 124 s.

(6) V. Corresp. dipl., IV, 63 s.

bido con la mayor afabilidad, Marcelo Doria, enviado para defender a Andres Doria, no logró obtener una sola audiencia (1). Los hechos hablaban demasiado claro. Hasta el comedido cardenal Morone se lamentaba públicamente, diciendo que hubiera sido mejor que Doria no se hubiese juntado nunca con los venecianos, porque había más dañado que aprovechado (2). A fines de octubre el Papa envió a Pompeyo Colonna a Madrid para quejarse a Felipe II, y juntamente para exhortarle a la conclusión de la liga (3). En la carta que Colonna llevó consigo, había trabajado cuatro horas Pío V con el cardenal Rusticucci (4).

Parecía inevitable que la conducta de Doria tuviese también la peor repercusión en las negociaciones para la liga que se efectuaban en Roma (5). Estas se habían reanudado el 26 de julio, pero ya el 4 de agosto se suspendieron, por cuanto se resolvió esperar nuevas instrucciones de Venecia y Madrid (6).

Mientras Pío V redoblabla sus oraciones y celebraba repetidamente en Roma procesiones de rogativas (7), esforzándose su nuncio en Venecia por quebrantar la resistencia que oponía la señoría a que se castigase con censuras eclesiásticas a los violadores de la liga. Las representaciones de Facchinetti fueron inútiles (8). La señoría ni siquiera quería que aun sólo se hablase de semejante

(1) V. los *Avvisi di Roma de 4 y 11 de noviembre de 1570, Urb., 1041, p. 365^b, 368^b, *Biblioteca Vatic.* En este último Aviso se dice que la audiencia fué denegada per il sdegno che ha S. S^{ta} che una tanta armata sia ritornata senza haver fatto alcuno profitto. Cf. Góndola, loco cit.

(2) Fr. Longo, Guerra, 20.

(3) V. Corresp. dipl., IV, 66 s.; cf. Góndola, loco cit., 584.

(4) V. el *Avviso di Roma de 28 de octubre de 1570, Urb., 1041, p. 363^b, *Biblioteca Vatic.* Cf. la *relación de Cusano, de 4 de noviembre de 1570, *Archivo público de Viena*.

(5) V. la relación que trae Charrière, III, 125 s.

(6) V. Tiépolo en Mutinelli, I, 93; cf. Corresp. dipl., III, 474 s., 486 s., 495.

(7) Firmano da cuenta de las procesiones de rogativas que se celebraron el 15 de agosto y el 13-16 de septiembre (*Diario, XII, 32, p. 135^b s., *Archivo secreto pontificio*). Cf. la *relación de Arco, de 16 de septiembre de 1570 (*Archivo público de Viena*) y el *Avviso di Roma del mismo día sobre la gran concurrencia del pueblo a las procesiones: orando S. S^{ta} quando disse quelle parole: Ne tradas bestiis animas confitentes Tibi, venne in tanta devotione et cumpuntione di cuore che due volte coram populo lacrimava (Urb., 1041, p. 346^b, *Biblioteca Vatic.*). Según un *Avviso di Roma de 2 de septiembre de 1570, Miguel Bonelli partió el miércoles para inspeccionar todas las fortalezas de los alrededores de Roma (ibid., p. 333^b).

(8) Cf. sus relaciones en Valensise, 73 s.

determinación. Como la conducta de Soriano no parecía bastante firme en ésta y en otras cuestiones, se pensó si convendría mandarle volver. Facchinetti defendió a Soriano enérgicamente, pero no pudo impedir que se pusiese a su lado a Juan Soranzo como segundo embajador, y se mandase que ninguno de ellos pudiese negociar cosa alguna sin el otro. Con el temor de que la señoría se retirase enteramente de las deliberaciones sobre la liga, prometió Pío V a los venecianos, que emplearía su influencia con Felipe II para que éste no persistiese en la imposición de censuras (1).

Soranzo había llegado ya a Roma el 20 de septiembre. Sólo se esperaba la venida del correo español, que trajo el 17 de octubre las instrucciones de Felipe II para sus representantes (2), a fin de reanudar luego el 20 de octubre las conferencias, pero sin Soriano, el cual faltó por hallarse indispuerto. Por ambas partes se certificó la buena voluntad de concluir la liga, pero el principio de la conferencia no correspondió a esto. Soranzo instó a los españoles a que comunicasen literalmente la decisión del rey. Granvela con todo declaró que era más bien incumbencia de los venecianos exponer sus dificultades y reparos. Soranzo replicó que después que habían esperado tres meses la respuesta del rey, tenían ahora derecho a conocer el texto de este documento. Granvela echó en cara a los venecianos, que entre tanto habían negociado directamente con Felipe II y presentado quejas acerca de los capítulos. Después de muy vivo debate, leyeron los españoles el memorándum que la república había enviado a su embajador acreditado cerca de don Felipe (3). En él se quejaba la señoría del proyecto de determinar antes cada año en otoño la expedición de la primavera siguiente, del artículo relativo al auxilio que se había de prestar en una empresa española en el norte de Africa, de las censuras eclesiásticas, de la actitud de Ragusa y de la participación del Papa en los gastos. También expresaba la república el

(1) V. Valensise, 80 s. El mandato para Soriano y Soranzo, de 8 de septiembre de 1570, se halla en Laderchi, 1571, n. 230. La orden para Soranzo puede verse en el Arch. Veneto, 1901, 376.

(2) Según la *relación de B. Pía, fechada en Roma a 21 de octubre de 1570 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), el correo español llegó cuatro días antes, por tanto el 17. Según esto hay que corregir el texto de la relación de Soriano, publicada por Du Mont, V, 1, 194 (28 de octubre). La instrucción de Felipe II, de 24 de septiembre de 1570, se halla en la Corresp. dipl., IV, 21 s.

(3) Está ahora publicado en la Corresp. dipl., IV, 22 s.

deseo de nombrar el generalísimo para el ejército de tierra. Luego comunicó Granvela, que los representantes españoles tenían suficientes poderes para ajustar un convenio sobre todos estos puntos, y que los venecianos se procurasen los mismos poderes.

Entonces el 2 de noviembre se recibió la noticia de la caída de Nicosia y de la extraña conducta de Doria. La repercusión de estos sucesos manifestóse al punto en el proceder de los embajadores venecianos. Soranzo recordó la desleal conducta de España en el año 1538 (1). Por fortuna el 4 de noviembre llegó la orden de la señoría, de 28 de octubre, alcanzada finalmente por las representaciones de Facchinetti (2), de continuar las negociaciones. Sin gran dificultad se pusieron de acuerdo sobre las fuerzas militares que se habían de aprontar. Se convino definitivamente en que en marzo debían estar dispuestas 200 galeras, 100 barcos de carga, 50000 infantes y 4500 jinetes con artillería y municiones. A esto siguió un largo debate sobre el artículo de que cada otoño debía fijarse en Roma ante el Papa la campaña de primavera. La deliberación acerca de esto se continuó al día siguiente. Granvela declaró respecto a dicho punto, que tenía orden expresa de su rey, de mantener esta propuesta. Los venecianos pidieron de nuevo diez días para resolverse, y entre tanto se debía pasar a tratar de los otros capítulos. Su ofrecimiento de armar veinticuatro galeras, de ocho de las cuales había de pagar los gastos el Papa, y de las dieciséis restantes España, fué aceptado, como asimismo la determinación de que a todo aliado que en un negocio hiciese algo más de lo que estaba obligado, se le remitiría algo en otra cosa. Sobre los envíos de trigo desde Nápoles a Sicilia y Venecia se originaron tan movidas discusiones, que se temió la ruptura de las negociaciones. Los españoles exigían al principio una suma notablemente mayor de lo que se acostumbraba en años de cosecha ordinaria; pero al fin se acomodaron a un precio menor; mas como sobre la elevación de éste no se llegó a un acuerdo, se resolvió una dilación.

En la conferencia de 8 de noviembre los representantes del Papa hicieron importantes concesiones para la compra de cereales sicilianos. Los españoles exigían el doble o triple de los precios pontificios. El debate no condujo de nuevo a resultado alguno. Los

(1) Cf. nuestros datos del vol. XI, 262.

(2) V. Valensise, 88 s.

españoles declararon al fin, que pedirían nuevas instrucciones al virrey de Nápoles respecto a este punto. Entre tanto se deliberó acerca de una eventual expedición contra Argel, Túnez y Trípoli; los españoles exigían para ella a Venecia cincuenta galeras auxiliares. Soriano y Soranzo querían reciprocidad para sus eventuales empresas. Después de largo debate se aceptó esto con la determinación de que primero debían los venecianos ayudar al rey, y luego don Felipe a los venecianos. Halló general asentimiento la propuesta de nombrar a don Juan de Austria generalísimo de la liga. Con todo, se dividieron los pareceres sobre si en su ausencia le había de sustituir el general pontificio. Los venecianos nada tuvieron que oponer en contra, pero los españoles juzgaban que don Juan había de determinar el lugarteniente. Como general del ejército de tierra fué otra vez propuesto por los venecianos Sforza Pallavicini. La entrada en la liga debía estar siempre abierta así para el emperador como para los otros príncipes; al Papa debía incumbirle exhortarlos a tener parte en la misma. Respecto de las conquistas se llegó a un acuerdo: España obtendría Argel, Túnez y Trípoli, y generalmente todo lo que en otro tiempo le había pertenecido; Venecia asimismo sus anteriores posesiones, y además Castelnuovo, Valona y Durazzo. Los cañones y municiones que se tomasen, serían repartidos entre los aliados según la medida de su participación en los gastos. Cuanto a la determinación de que las negociaciones de paz o la conclusión de un tratado con los turcos sin conocimiento y asentimiento de los otros aliados se habían de prohibir con censuras, declararon los representantes del Papa, que éste estaba conforme con todo lo que los otros resolviesen. Los españoles se mantuvieron firmes también ahora en exigir censuras, al paso que los venecianos querían que del todo se suprimiesen. Sin embargo, de una expresión de Soriano se creyó poder colegir, que los españoles no perseverarían incommovibles en su exigencia. Y así en efecto aconteció; a ruegos del embajador veneciano en Madrid, Felipe II consintió que se borrara el artículo relativo a las censuras (1).

Después que el 20 de noviembre hubo llegado la respuesta que se esperaba de Nápoles, aviniéronse también por mediación de Morone sobre las entregas de cereales mediante una mutua condescendencia. Al día siguiente fijóse todavía con exactitud el pre-

(1) Cf. la carta de Morone en la Corresp. dipl., IV, 134.

cio del trigo de Nápoles (1). Esperábase ahora en Roma, que terminarían pronto las negociaciones para la liga (2), lo cual instaba el Papa con el mayor ardor (3). Los venecianos a ruegos de Pío V habían cedido en tantos puntos a las demandas de los españoles, que el Papa tenía por cierto el feliz fin de las negociaciones. Pero la cuestión del reemplazo del generalísimo condujo por la conducta de los españoles a tales complicaciones y diversidad de pareceres, que de nuevo se retrasó el logro del anhelado término (4).

Los venecianos en atención a la actitud de Felipe II y al gran renombre del hijo del emperador, don Juan, habían consentido en que éste recibiese el mando supremo sobre las fuerzas militares de la liga; respecto a la sustitución en el mando, no parecía conveniente, que en ausencia de don Juan los generales de los venecianos y del Papa se sometiesen a los españoles. Al fin se halló el expediente de que en este caso el general del Papa, Marco Antonio Colonna, se encargase de la dirección. Pío V había con trabajo ganado a los venecianos para este proyecto, cuando súbitamente, al creerse estar al fin de las negociaciones, los españoles protestaron (5). En Venecia se temió ahora que Doria, poco digno de confianza, pudiese ser designado como lugarteniente. El Papa permaneció de parte de los venecianos, y también eminentes car-

(1) Aquí terminan, por desgracia, las Memorias de Soriano. En vez de ellas existen para las negociaciones siguientes, no solamente las relaciones de los comisarios españoles (Corresp. dipl., IV, 76 ss., 83 s., 88 s., 121 s., 125 s.), sino también la muy importante carta de Morone a Ruy Gómez, de 15 de diciembre de 1570 (ibid., 134 s.).

(2) Cf. las *relaciones de B. Pía, de 18 y 22 de noviembre de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también los *Avvisi di Roma de 11 y 25 de noviembre de 1570, Urb., 1041, p. 368^b, 369^b, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. el *Avviso di Roma de 22 de noviembre de 1570, ibid. 374.

(4) Cf. la carta de Morone, citada arriba, nota 1. Que acerca de las negociaciones se guardaba riguroso secreto, lo notifica un *Avviso di Roma de 5 de diciembre de 1570, Urb., 1041, p. 377, *Biblioteca Vatic.* B. Pía *refiere en 6 de diciembre de 1570: La lega è sul fine (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Un *Avviso di Roma de 9 de diciembre de 1570 notifica, que ayer hubo gran desavenencia sobre si Colonna o Doria había de ser el sustituto de don Juan (Urb., 1041, p. 380, loco cit.).

(5) Además de las relaciones de Facchinetti, de 27 de noviembre y 6 de diciembre de 1570, publicadas por Valensise, 95 s., v. la carta de Morone de 15 de diciembre de 1570, citada arriba, nota 1. Cosme I hubiese alcanzado de buena gana el generalato para su hijo; por eso se dirigió a los cardenales Morone y Pacheco; v. *Medic., 616, cuaderno 33, *Archivo público de Florencia*.